

## **¿Y el pueblo qué?**

**Por**

**Jorge A. Sanguinety**

Mientras el mundo se preguntaba cómo se repartirían los puestos vacantes creados por la renuncia a la presidencia de Fidel Castro entre la nomenclatura cubana, los cubanos se quedaban limitados a su tradicional papel de espectadores. Y esto incluye a los propios miembros de la Asamblea del Poder Popular, un conjunto de infelices que no tiene más alternativas que las de refrendar lo que se determina desde la cúpula.

Todo esto es parte del anquilosamiento general de la sociedad cubana y no sólo afecta al ciudadano de a pié, sino también a los miembros más privilegiados de la nomenclatura. A los primeros, porque jamás han tenido responsabilidades de administración pública. A los segundos, porque la parálisis y el decaimiento concomitante que ha sufrido el país hace que en realidad no sepan gobernar una sociedad en desarrollo. O sea, uno de los problemas a los que se ha de enfrentar el nuevo presidente del Consejo de Estado es que sus subordinados no están preparados para implementar reformas. Una cosa es ocupar un cargo de ministro o viceministro en una economía que no se mueve, donde el cargo consiste en hacer de vigilante, y otra muy distinta es estar a cargo de implementar cambios que logren alcanzar las metas deseadas. Los cambios que el país necesita no están listados en ningún manual o catálogo de reformas. Dichos cambios requieren una formulación inteligente primero, una implantación apropiada después y por último su administración y seguimiento. Todo esto requiere una cierta creatividad y capacidad para el análisis crítico y la actividad ejecutiva o gerencial, factores muy escasos en el país desde 1959.

El propio Raúl Castro tendrá varios problemas técnicos para introducir cambios si así lo desea y se lo permiten (Fidel entre bambalinas y sus cuates recalcitrantes en el gobierno). Posiblemente su mayor limitación como administrador sea no conocer cómo opera la economía cubana. Señalar que dicha economía tiene serios problemas es mucho más fácil que encontrarle soluciones satisfactorias. Por ejemplo, ¿cómo va a sincronizar el aumento de los salarios de los trabajadores con la expansión de la producción para evitar una inflación? Yo no sé si Raúl Castro cuenta con asesores económicos bien calificados. En un país donde la enseñanza de la economía ha estado confundida con la contabilidad y con la administración de empresas, no es de esperar que los políticos sepan para qué sirve un economista y mucho menos aplicar estos conocimientos a problemas de índole práctica como el apuntado arriba. Por lo tanto, es lógico suponer que si ha de haber cambios, los mismos serán improvisados, lentos y aplicados de manera irregular a lo largo del territorio nacional.

La participación del pueblo en los cambios será más bien pasiva, como le corresponde a una masa ciudadana reprimida y acostumbrada a ser espectadora, nunca actora. ¿Y por

qué ha de ser así? En la respuesta a esta interrogante se pone de manifiesto lo que posiblemente sea el mayor daño que Fidel Castro les ha hecho a los cubanos y el mayor daño que los propios cubanos se han dejado hacer por el Comandante en Jefe. Me refiero concretamente a la casi total desaparición de la sociedad civil cubana y su basamento en lo que actualmente se denomina el capital social de una nación o una comunidad.

Recordemos que, como lo han definido varios sociólogos y lo han ido aplicando algunos economistas, el capital social lo conforma el conjunto de relaciones interpersonales que propician y estimulan el desarrollo de diversas formas de organización entre seres humanos. Antes de 1959, por ejemplo, algunas manifestaciones de capital social eran el conjunto de relaciones que les permitían a los cubanos organizar un partido político, un club social, un sindicato o una asociación industrial. Las relaciones entre los miembros de tales organizaciones se basaban en una serie de intereses comunes, en un cierto grado de confianza mutua y en una red de incentivos que mantenían la cohesión de las diversas entidades. Desde 1959, una parte crucial de la estrategia castrista para evitar el fortalecimiento de la oposición, instalar un gobierno totalitario y perpetuar al Comandante en el poder fue la desintegración de cuanto vestigio fuera posible del capital social y la ya débil sociedad civil que existía en Cuba en esos momentos. Fidel Castro sabía que cualquier forma de organización podía servir fines políticos. Por eso desintegró la sociedad cubana.

Del capital social anterior apenas quedan algunas manifestaciones o ruinas, pero hay formas nuevas aunque precarias de capital social que se han ido creando y han evolucionado y son esencialmente aquéllas que sirven para establecer las múltiples redes clandestinas del mercado negro. Por otra parte, el capital social que se ha formado mediante las redes de relaciones entre grupos disidentes o independientes parece ser muy débil todavía como para tener una influencia significativa en la política pública del país.

El hecho es que los cubanos, en conjunto, forman un cuerpo social postrado, incapaz de movilizarse para defender sus intereses. Pero ¿será posible que aún con las limitaciones impuestas por el estado policíaco (que ha de mantenerse con Raúl Castro) puedan comenzar a formar el capital social que serviría para una nueva sociedad civil? ¿Una que pudiera llegar a influenciar las decisiones del gobierno? Yo creo que sí, pero se requerirían unas buenas dosis de imaginación, disciplina, organización y dedicación.

[Jorgeas730@aol.com](mailto:Jorgeas730@aol.com)

Miami, 25 de febrero de 2008